

SEVILLA Y ANDALUCIA EN LA OBRA DE CUNNINGHAME GRAHAM *

por JOSE MARIA ALBERICH SOTOMAYOR

Mientras ser bilbaíno no significa otra cosa que haber nacido en Bilbao, y ser leonés, en León, y así sucesivamente, ser sevillano tiene mucho más intrínquis. Se puede ser sevillano sin haber nacido en Sevilla, y es posible no serlo a pesar de tener la partida de bautismo en una de las innumerables parroquias de esta bella ciudad. En otras palabras: ser sevillano puede constituir una profesión, e incluso una especie de orden sacerdotal laico; es estar consagrado al culto de Sevilla, de sus bellezas, sus monumentos, su historia o sus tradiciones. Y es natural, por tanto, que los miembros de esta Real Academia Sevillana de Buenas Letras sean, no ya sevillanos, sino sevillanísimos: cardenales y arzobispos, como si dijéramos, de la sevillanidad.

Por eso mi asombro, al par que mi gratitud, fueron mayúsculos al saberme elegido para formar parte de esta docta corporación, ya que uno, pobre exiliado en varias universidades inglesas durante más de treinta años, no tiene títulos para ello, ni por nacimiento, ni por haber contribuido con sus modestos trabajos al lustre de esta insigne ciudad, como no sea que se cuente en esa línea de méritos una humildísima antología de viajeros ingleses titulada *Del Támesis al Guadalquivir*. Baste ella como prenda de mis buenas intenciones y de mi ya viejo, aunque platónico, enamoramiento de esta Sevilla, «siempre antigua y siempre nueva», en la que ahora tengo la suerte de vivir y en la que espero morir, si Dios lo permite, con la retina llena de su hermosura.

(*) Discurso leído el 10 de mayo de 1992, en el ingreso del Académico Don José María Alberich Sotomayor.

Mi sentido de inmerecimiento del honor que se me concede se acentúa todavía más cuando pienso en los dos insignes sevillanos a quienes sucedo. A mí, cuya carrera militar nunca fue más allá del grado de cabo primero de Transmisiones, y cuya carrera ecuestre no pasó de cinco minutos en lo alto de un caballejo que en seguida salió corriendo para su cuadra, me avergüenza pensar que voy a «ocupar» el puesto de Don Luis Toro Buiza (1900-1986), coronel de infantería que se distinguió por su arrojo y su profesionalidad en la guerra de Marruecos, y luego en la civil de 1936-39, así como experto erudito en la historia de la equitación y tauromaquia hispalenses. Gran señor, habitante del Patio de Banderas en una casa que Rafael Manzano ha descrito como «viejo palacio almohade», al par que «la más bella estampa que subsiste de una casa sevillana del Romanticismo», Don Luis Toro ocupó su fecundo ocio en coleccionar libros y documentos valiosísimos para la historia de Sevilla y de Andalucía, muchos de los cuales se guardan hoy en la biblioteca de la Real Maestranza de Caballería. Es curioso observar que sus intereses como erudito evolucionaron de forma estrictamente paralela a la historia moderna de nuestra ciudad. En efecto, cuando se retiró del ejército en 1931, su primer interés lo suscitó el estudio de la historia geográfica y paleográfica de América, en el seno del Centro de Estudios de Historia de América anejo a la Facultad de Filosofía y Letras, mientras que después su erudición se vertió en la equitación y el toreo, es decir, en las manifestaciones lúdicas y aristocráticas de una Sevilla que había dejado de ser el gran puerto y mercado de Indias para convertirse en capital agrícola y ganadera de Andalucía Occidental. La historiografía y bibliografía hispalenses tienen para con él una deuda muy grande.

Al morir D. Luis Toro Buiza en 1986 fue elegido académico D. José María Benjumea y Fernández Angulo, abogado, naviero y asegurador que puso generosamente su bolsa a disposición de la Academia siempre que fue necesario para salir de apuros económicos y que hizo varios regalos a esta corporación en la forma de cuadros y ornamentos. Pero D. José María Benjumea no quiso nunca leer su discurso de ingreso –aunque lo tenía escrito, y versaría sobre la restauración de Itálica, según nos asegura nuestro actual Director–, renunciando a su condición de académico poco antes de su reciente óbito. Dejó, pues, sin tomar posesión, una plaza que debería haber ocupado con más derecho que muchos por su incansable dedicación a Sevilla y por su generoso mecenazgo de restauraciones y publicacio-

nes artísticas, como Delegado Provincial de Bellas Artes primero, como Presidente del Patronato de Itálica, como Director del Museo Provincial y como alma promotora de las muchas restauraciones llevadas a cabo en la Catedral, en el Palacio Arzobispal, en la iglesia de Santa Ana y en la de la Caridad, así como de libros espléndidos sobre la Iglesia Metropolitana, la pintura sevillana y los conventos de Sevilla. Volviendo a la nomenclatura que algo chapucestamente introduje al comienzo de este discurso, habría que decir que D. José María Benjumea no era tan sólo un sevillano egregio, sino que era y es parte de Sevilla, la causa eficiente de muchas de las bellezas que hoy, gracias a él, todavía contemplamos con nuestros ojos en ambas márgenes del Guadalquivir.

Conmigo pasamos –¡oh, decadencia de los tiempos!– del hacer al decir, y ya que no puedo regalaros un lienzo de Murillo ni un antiguo tratado de la jineta, os voy a obsequiar con algo que pocos de vosotros habréis echado nunca de menos, pero que tiene su pequeño valor, en el reino de las opiniones y de las ideas, tal vez como correctivo en el verse a uno mismo. Me refiero a lo que pensaba cierto extranjero de Sevilla y los sevillanos, de Andalucía y los andaluces –un extranjero que también hizo muchas cosas, además de escribir maravillosamente–. Comenzaré por explicar de quién se trata.

Robert Bontine Cunningham Graham nació en Londres en 1852 y murió en Buenos Aire en 1936. En esos ochenta y tantos años de su larga vida tuvo tiempo de distinguirse como escritor notable, como político de considerable influencia en los movimientos obreros de su época y por otras muchas actividades que hacen de él una de las figuras más originales y fascinantes de esas décadas que encabalgan el paso del siglo XIX al XX. Nacido en el seno de una aristocrática familia escocesa, era, según algunos genealogistas –y según él mismo– descendiente de los condes de Menteith y de Roberto II de Escocia, y por una rama, además, de mayor legitimidad que la de los desgraciados Estuardos. Ahora bien, este rey sin corona –como le llamaban algunos coetáneos– este terrateniente poseedor de dos vastas fincas en Stirlingshire, este dandy siempre ataviado con llamativa elegancia, este escritor poco apreciado por el gran público y hoy casi completamente olvidado, pero muy admirado por los intelectuales avanzados de su tiempo –por un Joseph Conrad, por un Bernard Shaw, por un Galsworthy– este ser proteico y desconcertante, en suma, tenía en política ideas radicales, se titulaba liberal para conseguir un escaño en los Comunes, pero defendía la causa socialista, hablaba en los mítines

obreros, animándoles a formar un verdadero partido laborista que los representantes en el Parlamento, y no desdeñaba desafiar a la policía en las manifestaciones de Trafalgar Square ni pasar un mes en la cárcel a consecuencia de ello.

Su vida nos ofrece, sin embargo, mayores complejidades todavía, y me parece imprescindible resumirla a grandes rasgos si queremos entender su literatura y los valores humanos y culturales que ésta defiende. La vida de Graham resulta más capaz de inspirar una novela que una biografía propiamente dicha, por eso tan sabido de que la realidad es más extraña que la ficción, y ello explica que Bernard Shaw, que se basó en él para crear uno de los personajes de su *Captain Brassbound's Conversion*, nos advirtiese en el prólogo cómo había sido necesario recortar y aminorar las extravagancias de su modelo para que su trasunto literario resultase creíble.

En nuestros días, los escritores suelen tener un período de formación universitaria, o por lo menos académica en un sentido amplio, pero nuestro Graham es también en esto una excepción, pues su universidad fue... la Pampa. En efecto, después de una educación secundaria más o menos convencional, en Harrow y en un pensionado belga, el joven escocés se negó a entrar en el ejército, como había hecho su padre, y tampoco se sentía atraído por estudios superiores de ninguna clase. Roberto decidió probar fortuna asociándose a otros escoceses que criaban ganado en Entreríos, y hacia allá embarcó en la primavera de 1870. Tenía 17 años. Llegó a Montevideo en medio de una guerra civil. Las tropas de López Jordán merodeaban por la zona, robando y saqueando con entusiasmo. Es posible que el mismo Graham fuese hecho prisionero por estas hordas y obligado a seguir con ellas por corto tiempo. Los gauchos de Jordán le llamaban Roberto Botín (por su segundo nombre, Bontine) y sin duda le enseñaron nuevas formas de montar a caballo, a echar las bolas y el lazo, y otras habilidades del pampero. Durante toda la década de los 70, Graham anda por el Nuevo Continente, y no en las ciudades populosas, sino en plena selva, metido en negocios quizás no muy rentables, pero grandemente formativos, pues constituyeron experiencias inolvidables: cría ganado en Entreríos, cruza Uruguay con una punta de caballos para venderlos en Brasil, intenta cultivar yerba mate en Paraguay, compra un rancho en Bahía Blanca, zona muy expuesta todavía a las incursiones de los indios. En 1878 contrae matrimonio con una muchacha chilena de origen francés, Gabriela de la Balmondière, la cual comenzaría a darse a conocer como escritora

e hispanista antes que su marido y produciría, entre otras obras, una concienzuda biografía de Santa Teresa y una traducción al inglés del *Don Juan Tenorio* de Zorrilla. Después de una corta estancia en Europa, la pareja marcha a Texas con objeto de dedicarse a la cría y venta de mulas. De allí pasan a Méjico, y por fin vuelven a Inglaterra en 1881. La vuelta al mundo que llamamos civilizado no quiere decir que renunciase ya a la aventura. Graham fue toda su vida un viajero incansable; hay pocas regiones del mundo que él no haya visitado. Uno de estos viajes resultó más sonado de lo corriente, pues se trataba de llegar a Tarudant, ciudad del Sus prohibida a los no musulmanes, haciéndose pasar primero por un médico turco y luego por un jeque, es decir, por un descendiente del Profeta, que apenas chapurreaba el árabe. La aventura ocasionó conflictos consulares, pero también cristalizó en un libro maravilloso, *Mogreb-el-Acksa*, obra que además comenzó a cimentar la reputación literaria de Graham.

En esta etapa de su vida se marcan los rumbos, tanto de su actuación política, siempre inspirada por ideales anti-imperialistas y de defensa del pobre y del oprimido, como de su literatura, donde se ponen en entredicho las metas de la civilización occidental. Lo primero le llevó a lo segundo. Sus muchos artículos para la prensa socialista agilizaron su pluma y le sirvieron de entrenamiento para su obra posterior; la resonancia de sus discursos, llenos de ingenio y gallardía, pronunciados en el Parlamento y en los mítines obreros, le hizo conocidísimo en todo el país y facilitó su admisión en los círculos literarios del fin de siglo. Como nuestro Valle Inclán antes de publicar sus *Sonatas*, Graham era ya una figura pública cuando comenzó a utilizar sus recuerdos de la Pampa, de Marruecos y de otras remotas regiones del globo como materia prima de aquellos relatos suyos, tan *sui generis*, que sacaban a luz, con regularidad y abundancia, la *Saturday Review*, *Justice* y otras revistas de la época.

Relatos éstos de una factura muy moderna, a veces ensayísticos, casi siempre impresionistas y poquísimas veces con argumento. La viveza de sus evocaciones es, sin embargo, en los mejores casos, deslumbrante, incluso abrumadora. De ellos se desprende un concepto del hombre que chocaba frontalmente con las actitudes mesiánicas típicas del inglés victoriano y eduardino, alimentadas éstas además por un puritanismo protestante que Graham pone en solfa siempre que puede. No —viene a ser el mensaje de la prosa grahamesca— Inglaterra *no* es el pueblo elegido por Dios para civilizar al resto del mundo; la raza anglosajona *no* tiene el monopolio de la decencia ni de la

conducta civilizada, sino más bien de la hipocresía y el «double dealing». El gaucho, el moro, el indio, esos seres que el anglosajón desprecia, persigue o explota, son, en cuanto hombres, más libres y más dignos que el oficinista de la City o el minero de Escocia, porque no reconocen ni soportan jerarquías sociales ni superioridades económicas. Si mueren de un navajazo o de una picadura de serpiente, sucumben a la naturaleza o a la violencia de un igual, pero no a la extenuación de la fábrica o del trabajo mal pagado. Nótese bien que Graham no idealiza al buen salvaje de Rousseau, ni oculta la brutalidad de la existencia en esos países que él favorece con su arte descriptivo. Lo que quiere recalcar –y esto es una constante en toda su obra literaria– es que el individualismo, la libertad de acción, el sentido de la propia dignidad, el ocio que nos permite disfrutar al máximo de un buen clima o de una naturaleza exuberante, son valores que la civilización occidental ha destruido casi por completo a cambio de muy dudosas ventajas de confort o seguridad. Los personajes que pueblan sus *sketches* –a menudo prodigios de originalidad y gracejo– no son solamente los nativos de la Pampa o del Magreb, sino –todavía con más frecuencia– europeos desplazados grotescamente: naturalistas alemanes perdidos en Paraguay, marinos ingleses «remansados» por el whisky en algún bosque de Entreríos, un duque español tratando de ganarse la vida en Mozambique, un escocés pelirrojo que se circuncida con unas tijeras mohosas para casarse con una musulmana... existencias todas fracasadas, desastradas, podríamos decir, pero bien significativas de la alienación que producen en muchos individuos nuestras formas de vida occidentales, vidas lanzadas a la búsqueda de una Arcadia que luego resulta mediocre, pobretona, plagada de mosquitos y de alcohol, pero tal vez también, en cierto modo, salvadora, o por lo menos consoladora.

Además de estos *sketches* o relatos cortos, Don Roberto –nombre que comenzaron a darle sus amigos literatos al hacerse éste conocido como escritor– cultivó otro género de mucho interés para nosotros los españoles, a saber, la historiografía de la conquista de América, iniciándose con un libro sobre las reducciones del Paraguay (*A Vanished Arcadia*, 1901) y continuando con *Hernando de Soto* (1903), *Bernal Díaz del Castillo* (1915), *The Conquest of New Granada* (1922), *The Conquest of the River Plate* (1924) y *Pedro de Valdivia* (1926), así como biografías de Francisco Solano López (*Portrait of a Dictator*, 1933) y José Antonio Páez (1929). Si bien Graham no dominaba las técnicas del historiador profesional, y sus fuentes eran

las fuentes españolas sobre la conquista que todos conocemos –el Inca Garcilaso, Herrera, Gómara, etc.– tenía en cambio algo que les falta a los historiadores de gabinete como Robertson o Prescott: un conocimiento perfecto y directo del terreno. Graham había cabalgado por media América, del Sur y del Norte; había cruzado los Andes entre Argentina y Chile; había subido por la cuenca del río Magdalena, desde la costa hasta Bogotá; había cruzado Méjico con una caravana de carretas. Toda esta experiencia le permitía revivir las hazañas de un Quesada o un Pedro de Valdivia con una inmediatez que no se suele encontrar en los libros de historia. En sus comentarios a la narración –siempre muy personales y característicos– el autor emprende la defensa de ese mundo hispánico al que tanto ama, y al que ama sin ceguera, sin imaginarse virtudes que no tiene; pero hay que desfacer entuertos, hay que combatir la leyenda negra anglosajona, hay que destruir las patrañas de la propaganda chauvinista y protestante, y sembrar dudas sobre la patriotería y la beatería con que los ingleses juzgaban sus propias conquistas en África, la India o el Continente Australiano. Todo esto es algo que los españoles tendremos que agradecer siempre al quijotesco Don Roberto.

Como quizás hayan ya sospechado mis oyentes, la hispanofilia de Cunningham Graham tenía raíces más hondas que las simplemente culturales o literarias, y existía además con anterioridad a su estancia en la región del Plata. El niño Roberto, en efecto, conoció España desde una edad muy temprana y comenzó a adquirir su estupendo dominio de nuestra lengua en años infantiles, ya que su abuela materna y sus primos por el mismo lado eran españoles y gaditanos. Cuando esta abuela española, Doña Catalina Alessandro, vivía en la Isla de Wight, Roberto y su hermano Charles pasaban a veces el invierno con ella, para sustraerse a los rigores del clima escocés, y Doña Catalina comenzó a implantar los rudimentos del español en su nieto mayor, quien, además, visitó con frecuencia a sus parientes de Cádiz entre sus ocho y dieciocho años. Ya de adulto, sus viajes a España son numerosos, y casi todos acaban en Andalucía, de paso para Marruecos, sobre todo a partir de 1892, año en que cesa como diputado, lo cual le deja tiempo para escapar del clima inglés siempre que el reuma le aqueja o su *wanderlust* le cosquillea el cuerpo. En esa década final del siglo, su mujer, empeñada en recorrer los sitios de las fundaciones de Santa Teresa, le arrastra a la Península. Ella es amiga de la Pardo Bazán. Roberto trataría con el tiempo a los Martínez Sierra, a Baroja, a Azorín, a Pérez de Ayala y a Luis Bonafoux, así como a algu-

nos hombres de letras hispano-americanos. En Sevilla estuvo muchas veces, ya con objeto de allegar materiales para sus obras historiográficas en el Archivo de Indias, ya con propósitos meramente turísticos. En un relato de 1911, titulado «Immortality», compara la Sevilla que él conoció en su infancia o en su adolescencia, «silenciosa ciudad morisca donde no se veía por las calles más que algún gitano o algún mendigo», con la del siglo XX, llena de turistas, de tiendas de souvenirs donde se exhiben castañuelas y panderetas, con tranvías en la calle Génova y tablaos flamencos donde los extranjeros exigen de las bailaoras procacidades inusitadas antaño.

El responsable de esta veta andaluza de Cunninghame Graham, al menos biológicamente hablando, fue su abuelo Charles Elphinstone Fleming, a quien el niño Robert no llegó a conocer, pues nació doce años después de su muerte en 1840. La abuela Catalina, no obstante, le habló mucho de él y mantuvo viva su memoria, a la que dedicó Graham un bonito artículo titulado «The Admiral» (1900). Por él adivinamos que el viejo no legó al joven una abuela gaditana tan sólo, sino también ese temperamento inquieto y algo estrafalario que tanto contribuyó a hacerlo famoso. Dediquemos, pues, cuatro palabras a este estrambótico personaje, también muy relacionado, como veremos, con la región andaluza.

Nacido en 1773 de una aristocrática familia *whig*, Fleming ingresa en la armada británica a los diez años; a los 24 era capitán, y a los 40 contraalmirante, a pesar de ser muy dado a desobedecer las órdenes del Almirantazgo y a campar por sus respetos. Se comentó mucho su osadía e iniciativa cuando, encontrándose en el Pacífico al mando de un barco demasiado grande y lento de maniobra; lo varó en un astillero del Perú e hizo que lo redujesen al tamaño de una fragata. Se decía que en su temprana juventud había raptado a una monja española y se la había llevado a su barco, donde la pobre monja murió de susto durante un combate con unos piratas marroquíes. En 1814 obtuvo el mando de la base naval de Gibraltar y poco después se casó en la catedral de Cádiz con Doña Catalina Alessandro Jiménez. La novia tenía 14 años, y él 40. Durante su mando en Gibraltar fue uno de los fundadores de la Calpe Hunt, importando perros para una jauría que perseguía zorros, o lo que encontrase, por las frondosidades de La Almoraima. Hallándose de visita en Málaga cierto domingo de Pascua, el gobernador le pidió que eligiese a un preso, pues era costumbre otorgar un indulto en dicha festividad. Fleming se olvidó pronto del hombre a quién había dado la libertad, pero éste no se

olvidó de él, y, convertido en uno de los Siete Niños de Ecija, detuvo el coche en que el almirante y su mujer se dirigían a Madrid y se dió a conocer, acompañándoles luego toda la banda de Despeñaperros a Almuradiel para evitarles las posibles molestias de un encuentro con otros ladrones de menor cuantía. Su nieto se haría eco de estas aventuras en un artículo sobre Andorra, donde se tropieza con una partida de contrabandistas, a los que deslumbra con su conocimiento del oficio, ya que él ha recorrido la serranía que media entre Gibraltar y Gaucín y sabe de los perros entrenados para pasar contrabando sobre sus lomos. También les habla de los Siete Niños de Ecija, contándoles historias que los dejaron «hechizados, como los héroes de Homero dejaban boquiabiertos a los griegos», y se alarga a asombrarlos con las hazañas de José María el Tempranillo e incluso del mucho más cercano Vivillo.

La vida de Fleming tiene otras facetas pintorescas que no tenemos tiempo de detallar aquí, mas quiero por lo menos mencionar que algunas de sus actuaciones son de interés para los historiadores de Hispanoamérica, ya que se tomó la libertad, sin instrucción alguna de su gobierno, de intrigar a favor de la secesión venezolana de la Gran Colombia cuando se hallaba al mando de la escuadra británica del Caribe. Graham concluye el retrato de su abuelo con estas significativas palabras: «A veces un hombre que no es escritor, ni orador, ni se ha destacado en su profesión, *se destaca no obstante por sí mismo...* Ese hombre, cuya personalidad me ha obsesionado desde la niñez, no fue un triunfador, pero tampoco fracasó, pues dondequiera que fue se le reconocieron sus grandes capacidades. No se puede pedir más».

En la última década del siglo pasado, cuando Graham comienza a escribir para las revistas literarias y empieza también a preparar sus libros de historia hispánica, es natural que así mismo menudeasen sus viajes por la Península; unas veces le espolea la curiosidad por regiones que no había visto en los viajes de su niñez; otras, va simplemente de paso, a un paso sosegado, visitando amigos acá y allá, pero de todas formas va camino de Marruecos. Allí está el término de sus apasionadas exploraciones. Allí pasa incluso temporadas invernales, arropado al sol entre la fauna cosmopolita, variopinta y un poco descascarillada –que es como a él le gusta la humanidad– de Tánger, entonces prácticamente la capital del imperio magrebí. Su biógrafo Tschiffely, tratando de explicarse su maurofilia, escribe lo siguiente: «Cuanto más leía [sobre España], cuanto más estudiaba al pueblo es-

pañol, más se convencía de que para entenderlo a fondo era necesario cruzar el Estrecho de Gibraltar y familiarizarse con el pueblo marroquí». Ello implicaría que España era el fin, que era su verdadero objetivo, y que Marruecos sería sólo el medio, el instrumento. Creo que no; creo que la maurofilia de Graham surgía de un nivel más profundo, casi inconsciente; era el mismo impulso centrífugo y romántico hacia la frontera, hacia los bordes externos de la civilización, que le llevó en su juventud a las selvas de Entreríos.

Ahora bien, lo que sí es verdad era que Graham veía lo español en función de lo árabe, continuando así la antigua tradición que empujaba a los turistas del Norte de Europa hacia las fuentes y arrayanes de Granada, hacia las arquerías multicolores de Córdoba, en busca de lo exótico, de lo oriental. Estas peregrinaciones estéticas, iniciadas ya tímidamente en el siglo XVIII por viajeros como Swinburne, adquirieron un caudal cada vez más creciente con la publicación de *La Alhambra* de Irving en 1832, acarreado divisas y contribuyendo a hacer de España un país turísticamente «diferente».

Apresurémonos a añadir que la maurofilia —o tal vez se debería decir la maurología— de Don Roberto es mas sapiente y fina que la de los viajeros decimonónicos, precisamente porque tenía un conocimiento directo de las dos culturas, de que carecían los otros. Graham descubre con asombro en Sudamérica una arquitectura que se parece mucho a la andaluza y, por tanto, a la árabe; sabe que la dulcería española, y sobre todo la meridional, tiene su equivalente en los almendrados y mieles del Norte de Africa; detecta el probable origen musulmán de algunas costumbres, como la segregación entre mujeres y hombres que se produce a la hora de comer en los hogares campesinos. Y así sucesivamente. Todo esto no lo sabe Graham por los libros. El es un hombre cultivado, pero no libresco. Lo sabe por experiencia, por haber pasado mucho tiempo observando a los moros en Tánger y en Fez.

Lo mismo se puede decir de otros aspectos, quizás mas esenciales y serios, de la visión grahamesca de Andalucía. El orientalismo de Irving o Chateaubriand sí era puramente literario, y bastante superficial. El de Don Roberto no debía nada a los libros; era totalmente original y basado en sus vivencias. Veamos, como muestra, uno de sus primeros esfuerzos literarios, el cuento *Aurora la Cujini*, relato que, por cierto, tiene una historia curiosa, pues despertó en su tiempo grandes entusiasmos y grandes fobias. Graham se encontró con que los directores de las revistas para las que él escribía habitualmente se negaban a

publicarlo, asustados –como dicen Watts y Davies– por sus alusiones «al lesbianismo, a los sobacos peludos de la protagonista y al poder afrodisíaco de la sangre». Tuvo que sacarlo en forma de folleto, en las prensas de Leonard Smithers, un editor de reputación algo escabrosa. Por el contrario, Joseph Conrad lo encontró maravilloso y Arthur Symons, que recibió un ejemplar cuando se encontraba en Sevilla, se entusiasmó de tal manera que dedicó a la Cujíñi unos versos donde trataba de imitar los ritmos y las pausas del flamenco.

Aurora la Cujíñi comienza de una forma bastante convencional:

Isbilieh (como los moros llamaban a Sevilla) nunca había estado más mora de color y de luz que aquel día de primavera. El aire olía a azahar; los patios y los balcones tenían el aroma de la albahaca y del almoraduz, plantas traídas a Sevilla por los moros desde Nabotha e Irak-el-Hind. La ciudad... parecía estremecerse recordando su pasado de sensualidad y de sangre. Etc.

Se pintan fugazmente los rasgos más famosos de la urbe, con constantes referencias a lo árabe: la Giralda, el río «a quien los cristianos no supieron dar otro nombre que el que le pusieron los perros moros», la catedral y el patio de los naranjos, la Torre del Oro, el Alcázar, y se concluye con los gitanos, también venidos del lejano oriente, y que ahora viven en Triana «como si el mundo fuera una gran ostra que ellos solo pueden abrir con sus lenguas zalameras y agilísimas».

Es una de las primeras tardes de toros de la temporada. Se deplora, como era inevitable en un escritor inglés, y además tan amante de los caballos como Graham, la triste suerte de estos cuadrúpedos. Pero el énfasis no cae sobre esto, sino en otras cosas. Hay una visión casi cubista del coso taurino, que anticipa las de Valle Inclán en *Tirano Banderas*:

La plaza era un caleidoscopio de sangre, puterío, sol, colores vivos, flores, palmeras que cabeceaban en lo alto, mujeres con rosas detrás de la oreja, mulas enjaezadas de lana roja, vendedores de puros, gitanos, turistas...

Entre el público hay muchachos con aire de homosexuales y mujeres con aspecto de lesbianas. Tal insistencia en la perversión, en la sensualidad y la sangre, no es característica del Graham posterior, y

se debe tal vez a moda literaria, ya que este *sketch* se escribió en los 1890s, poco antes del juicio de Oscar Wilde, a quien Graham conocía, y cuando Gabriela colaboraba en el *Yellow Book*, la revista de los decadentes.

La tarde sevillana sigue desarrollándose en pinceladas costumbristas y certeras: el paseo de las chicas, con su contoneo de caderas; los piropos de los viejos sentados en los cafés; los señoritos del Círculo de Labradores, sudando la gota gorda en sus trajes ingleses, los vendedores de chucherías, los novios en las rejas... Pero este costumbrismo no se para en la superficie; Graham sabe a veces lo que pasa por las cabezas de los sevillanos, pues los conoce bien: los hombres sentados en la plaza para ver pasar mujeres «emitían su juicio inexorablemente, como si se tratase de un caballo en venta o de un esclavo en el mercado de Fez. Se pasaba revista a los ojos, a los pies, al pelo, a todos los detalles del vestido...». Y así se llega a la descripción del Burrero y de aquella danza milagrosa de la Cujíñi, una bailaora famosa de otros tiempos que escapa fugazmente de la tumba para asombrar de nuevo a los sevillanos con su arte maravilloso. La idea se la dió a Graham una vieja litografía que él y su amigo el pintor Rothenstein contemplaron en una venta, en uno de sus muchos viajes por Andalucía.

He dejado deliberadamente para el final de este comentario una observación, relativa a los árabes, que hace Graham al principio del relato, y que contrasta con el orientalismo un tanto de pacotilla, si Uds. quieren, que había desplegado hasta entonces. Dice así:

A pesar de su ignorancia de las artes plásticas, basando su arquitectura en las formas elementales de la palmera y la tienda, con una literatura casi incomprensible para los pueblos del Norte, las tribus venidas del Hedjaz, del Yemen, de más allá de Hadramut, han dejado su huella por dondequiera que han pasado, pues esa raza sabía muy bien que la vida es lo primero, el negocio más importante que tenemos entre manos, y que todo lo demás viene en segundo lugar. Sus ojos, sus pies, sus versos y su visión materialista del mundo han quedado grabados indeleblemente en todos los pueblos sometidos a su influencia. Las pisadas del árabe y de su caballo no se borran jamás.

Esto ya suena a algo más original. La maurofilia romántica atribuía a los árabes, de forma bastante arbitraria, un gran fanatismo y una

ardiente imaginación. Graham los considera, sobre todo, materialistas: han dejado por donde han pasado y, por supuesto, en España y en Andalucía, «su visión materialista del mundo». Esta idea es una constante en su obra. En «Dutch Smith» un relato de 1909, se vuelve a insistir: «Hay un abismo insondable entre el idealismo del Norte y la visión materialista del Sur, y tanto uno como otra son lo mejor y más apropiado para sus poseedores, ya que ninguno podría lograr lo que tiene su opuesto, de la misma manera que nadie puede añadir un sólo milímetro a su estatura por muy empeñadamente que se lo proponga». Otra vez, en «Tánger la Blanca», se evoca el Campo de Gibraltar, tantas veces cruzado por él camino de África: la roca de Tarik, Algeciras y su Isla Verde, Tarifa, donde las mujeres todavía se tapan la cara con sus negros mantos. Y todo es lo mismo a ambos lados del Estrecho: idénticos pastores guardan las mismas cabras u ovejas por montes igualmente pardos y cubiertos de palmito o de jara. Tánger simboliza un estilo de vida arcaico, o más bien, intemporal, y quizás más sabio que el europeo:

Es posible que esa visión enteramente materialista de la vida lleve al contento.

Además, la mente humana capta con más facilidad la idea de un Dios único que las complejidades de la Trinidad. Y así es: el sol, el rumor del agua corriente, el zumbido de las moscas, la luz clara y blanca, la vida siempre igual, todo eso nos satisface profundamente. Y, después de todo, ¿no es la palmera, con sus ramos arqueándose tranquilos en torno a su tronco, un espectáculo más armonioso que el roble, siempre mutilado y retorcido, agitando sus ramas contra el incesante vendaval?

Me parece que ya se va perfilando un poco el sentido de este materialismo que Graham atribuye a los árabes, por contraste con el idealismo que adjudica a los europeos del Norte. Idealismo significaría para nuestro escritor vivir en el futuro, proyectar, prevenir, trazarse normas que hay que cumplir o al menos perseguir en lo moral, en lo político, en lo técnico incluso. Paradójicamente, ese idealismo ha llevado a una civilización ahita de bienes materiales, pero, según Don Roberto, antivitalista. El árabe, en cambio, sentado al sol en su zoco, espantándose las moscas; o cabalgando frenéticamente y disparando al aire su espingarda por las playas vírgenes del Magreb, vive en el aquí y el ahora, sin preocuparse por el futuro, que es de Dios y sometido

en todo caso a sus decretos inescrutables. Su cerebro está en sintonía con lo que vé y lo que palpa, y no se aventura en elucubraciones filosóficas, ni teológicas, ni políticas. Su poesía canta lo inmediato: la belleza del copero, de las flores, de las aguas, de los caballos. Trabaja lo indispensable para vivir. No ambiciona ni derrocha su energía, si no es por el puro gusto de derrocharla, sin un fin ulterior. Creo que esto es lo que quiere decir Graham cuando habla del materialismo de los árabes, y no se me oculta que con ello deja pendientes dos graves cuestiones de antropología cultural. En primer lugar, Graham identifica siempre a los moros que él ha visto en Marruecos con los que habitaron en España entre los siglos VIII y XV, barriendo así de un plumazo siglos y siglos de filosofía, de ciencia e incluso de teología musulmanas. En segundo lugar, no sé si se da cuenta de que ese vivir en el presente y en lo inmediato, esa falta de lo que Graham llama «idealismo», no es privativa de los árabes; se da en todos los pueblos poco desarrollados tecnológicamente, y Graham mismo lo comprobó entre los gauchos de la Pampa o los guaraníes del Paraguay.

Por otro lado, ¿quién sabe hasta qué punto estaban civilizados en el sentido occidental o eran «idealistas» en el sentido grahamesco los habitantes del califato cordobés? Yo confío en que la historia «total» que ahora se practica llegue algún día a caracterizar con visos de certeza las verdaderas formas de vida de esas civilizaciones remotas, cosa muy distinta a historiar las actividades de unas simples minorías cultas o emprendedoras. Ese día tal vez nos sintamos más inclinados a darle la razón a Graham.

En todo caso, ese árabe imperfectamente cristianizado y más imperfectamente occidentalizado que es para él el español, y sobre todo, el andaluz, aparece a menudo en sus obras. Y a veces se presenta colectivamente, pues nuestro autor gusta de pintar multitudes, y lo hace muy bien. Veamos uno de estos relatos-ensayos, el titulado «At Utrera», porque es quizás el que mejor resume sus ideas sobre el hombre del Sur.

Comienza con una graciosa referencia a un utrerano antiguo, el explorador de Florida Gonzalo Silvestre, el cual se burlaba del hambre que estaban pasando él y sus compañeros con bromas sobre «una rosca de Utrera muy buena, tierna y recién salida del horno». Para Graham, este párrafo de Garcilaso de la Vega el Inca da realidad a Utrera, que antes era solamente para él «un innecesario nudo ferroviario cercano a Sevilla». La ciudad de Utrera —no necesito jurárselo a Uds.— es rica en casas e iglesias, pero Don Roberto no tiene afi-

ciones arqueológicas, no le interesan los monumentos. Le interesa la gente; por eso todo lo que describe aquí ocurre en la estación. ¿Merece la pena describirse? ¿No es una escena muy vulgar, que hemos contemplado cientos de veces?

Los trenes entran y salen. La gente pasea por el andén, como se hacía aún hace cuarenta años. Los hombres piropean a las chicas, que reciben este homenaje sin pestañear. Pasan vendedores de chucherías, lanzando pregones guturales que suenan a árabe. Unos golfillos trepan a las ventanillas del tren para pedir limosna. En la fonda, los camareros se ajetrean con «guisotes amarillos de azafrán y moldes de arroz». Las señoras, vestidas a la última moda de París, no se diferencian de las mujeres del pueblo más que por el traje, pues la raza física es la misma. Mientras tanto, en medio del tumulto, entre las ruedas del tren parado picotea feliz una paloma blanca. Al arrancar el convoy, el autor vé «algo en la vía que podía ser una hoja de periódico. Pero no; parecía algo vivo, y estaba manchado de sangre. Aleteó débilmente, giró un par de veces sobre sí mismo y quedó por fin inmóvil sobre la grava del ancho carril».

Así concluye el artículo, que, como simple pintura costumbrista, no está nada mal. Pero escuchemos el comentario de Graham, que no puede contenerse las ganas de explicar lo que para él significa todo eso:

En el Norte de Europa, «nuestra obsesión con el bienestar de la humanidad... nos convierte, como si dijéramos, en habitantes de una cámara oscura que se ven a sí mismos como espectadores de un teatro. Ya no sabemos actuar —cosa que sí saben hacer los meridionales— y nos pasamos la vida practicando deportes, haciendo atletismo, jugando a esto o aquello, para convecernos de que estamos vivos».

Otro texto bien explícito: «Lo malo es que cogemos esas fuerzas vitales y las revestimos de tantos convencionalismos y formulismos, les ponemos una hoja de parra tan grande, que las desvirtuamos de su verdadera posición de señoras para convertirlas en camareras, camareras al servicio de la prosperidad. En los países donde mandan los ayuntamientos y las diputaciones, nadie tiene tiempo para amar ni para odiar hasta que no consigue un puesto seguro y empieza ya a sentir el reuma en los omoplatos. En los países del sol, por el contrario, el hombre sabe que su propiedad más valiosa es su vida, y la libertad de querer o de aborrecer; por eso se hace un niño en las cosas que nosotros consideramos importantes y un profundo filósofo en esos otros campos del odio, del amor, del ocio, de la despreocupación, donde nosotros no hemos siquiera puesto el pie».

Dentro de los vagones estacionados «se representaba la alegre comedia de la vida meridional, vulgar, descuidada, filosófica, dispuesta siempre a disfrutar del mundo en que vive; sin prestar atención al dolor, ni al sufrimiento, ni a la vida misma... Aquellas gentes eran sencillas, pero ingeniosas para las cosas triviales; convencidas de que nadie más que ellos tenían gracia, ingenio, hermosura o inteligencia, pero tampoco engreídos de poseer aquellas deseables cualidades, sino tomándolas como algo natural. Todo lo que existía les parecía normal, los trenes, la estación, los timbres, el telégrafo, los graves maquinistas catalanes... todo estaba allí, enviado por la Providencia, para alegrar sus vidas».

En el patio de la estación aguardaban unas cabalgaduras enjaezadas, mientras sus dueños dormitaban «hechos un burujo pardo en un rincón». Y veamos la extraordinaria coetilla que pone Graham a esta vulgar escena: «El encuentro incongruente de aquella poderosa vitalidad semi-oriental con el nuevo progreso, representado por la primitiva estación y por la locomotora belga que roncaba sobre la vía, se efectuaba a pleno sol, bajo un sol feroz e inmisericorde que deshacía todas las hipocresías, que revelaba la villanía y la nobleza de los hombres con una sencillez desconocida en las regiones del planeta donde domina la luz eléctrica».

¡«Poderosa vitalidad»! Así entiende Don Roberto aquella escena que a sus contemporáneos españoles del 98 hubiera arrancado exclamaciones de ¡desidia!, ¡abandono!, ¡rutina! Recordemos que este relato se publica en 1901, poco después del famoso artículo de Unamuno sobre el «marasmo» de España, cuando Azorín preparaba su gran novela de la «abulia» (*La voluntad*, 1902) y Baroja retrataba al intelectual incapaz de actuar en *Camino de perfección* (1902). ¿Quién tenía razón? Probablemente la tenían tanto Graham como los noventaiochistas. Estos debatían los problemas del intelectual y del político; aquel observaba a un pueblo que dormitaba como dormita el leopardo o el tigre, y cuya capacidad de acción se manifestaría de forma terrible en 1936. De todas maneras, la moraleja de «At Utrera» es obvia: los palomos sabihondos y civilizados del Norte no se exponen a morir bajo las ruedas de un tren, pero tampoco disfrutan de la vida picoteando descuidados por donde les da la gana.

De los 37 *sketches* de Graham que tienen tema español, pocos están situados en Andalucía, y sin embargo él conocía nuestra región en toda su extensión. Las referencias a la toponimia andaluza son frecuentes en sus páginas: Jaén, Baza, Granada, Motril, Almería,

Córdoba, Málaga, todo el Campo de Gibraltar, Cádiz, la campiña de Sevilla... La primera ciudad española visitada por él debió de ser Cádiz, en razón de sus conexiones familiares. Y, como siempre, la visión que nos da de esta ciudad es curiosamente ahistórica e impresionista. Graham sabe que Cádiz fue un gran puerto comercial e incluso una avanzada de la civilización en la España del XVIII y parte del XIX, pero éste no es el Cádiz que él conoce. En «Dagos», un artículo de 1906, Cádiz es una ciudad dormida, abotargada por el calor, aunque tiene dentro y fuera de ella bonitos lugares, cariñosamente evocados: la bahía, la alameda de Apodaca, la Calle Ancha con sus cafés, la Calle Columela, las tiendas de abanicos, los «refinos», y las salinas que la rodean. Por fin llega la brisa vespertina, y en las tabernas del puerto varios marinos cuentan sus aventuras en torno a ese tema que siempre apasiona a nuestro escritor: la falsa creencia en la superioridad de la raza blanca sobre las demás.

El mismo año en que se publica «Dagos», 1906, Graham y su amigo el pintor John Lavery, de vuelta de Marruecos, pasan por Cádiz y visitan al conocido anarquista Fermín Salvochea, quien les aconsejó que no acudiesen a ver el cortejo real en la inminente boda de Alfonso XIII, lo cual indica que tenía por lo menos barruntos del plan de atentado perpetrado luego por Mateo Morral. El escocés y el gaditano se conocían de antiguo, desde 1886 u 87, años de gran paro e inquietud social en Inglaterra: ambos habían marchado a la cabeza de alguna manifestación de obreros sin trabajo de las muchas que recorrieron en esa época el Strand londinense. Tras la muerte de Salvochea en 1907, Graham escribió para la revista *The Nation* una cariñosa evocación del anarquista, seguida de una descripción de su entierro casi totalmente imaginaria. En ese relato, titulado significativamente «A Saint», se pinta a Cádiz como una ciudad dormida al sol sobre las olas del océano, un «amasijo de casas deslumbrantes con celosías de verde intenso, en cuyas calles nunca se aglomera la gente ni se oyen los cascos de un caballo; esa ciudad sin comercio, sin fábricas, dormida y lejana de todas las agitaciones del ancho mundo». Le extraña que allí haya nacido un rebelde como Salvochea, y más aún que haya producido un «santo», aunque fuese laico. Se conoce que no había oído nunca hablar del beato Diego José de Cádiz, y que se dejaba llevar por la leyenda anglosajona, creada en parte por Lord Byron, según la cual Cádiz era una Babilonia de sensualidad desatada y gran relajamiento moral.

Al año siguiente, 1909, Graham tomó parte activa en las manifestaciones de protesta que se celebraron en Londres con motivo de la ejecución de Francisco Ferrer, y en 1912 en actos similares para impedir la deportación de Malatesta, pero estas simpatías anarquistas no se reflejan en sus escritos sobre Andalucía, a pesar de la virulencia que tuvo el anarquismo andaluz por aquellos años y hasta la muerte del mismo Graham en 1936. Uno de sus últimos artículos, titulado «Casas Viejas, 1933», conmemora la sublevación de aquel pueblecito gaditano, atribuida por nuestro escritor (creo que equivocadamente) a la «propaganda comunista», y rinde homenaje a la valerosa muerte de los campesinos en medio de un paisaje idílico, de una «Pampa europea» donde los flamencos ponen su exótica nota de color sobre la próxima Laguna de la Janda.

Si estamos en Casas Viejas, ahora llamada Benalup de Sidonia —nombre que habría deleitado a Graham—, permítanme Uds. que me traslade brevemente a mi cercana ciudad natal, desde donde éste envió sendos artículos al *Glasgow Herald* el 23 y el 26 de marzo de 1906, en las últimas etapas de la Conferencia de Algeciras que decidió la suerte de Marruecos. Por los títulos —«European Histrionism» y «A Babble of Futile Talk»— pueden Uds., adivinar lo que opinaba Don Roberto de la intervención de las potencias europeas en su adorado Magreb. Lo que me interesa recordar ahora, sin embargo, no es eso, sino que Graham se toma la molestia de describir a sus lectores la ciudad en que se halla, cosa que no había hecho —como él mismo observa— ningún otro corresponsal de los muchos que informaban sobre la conferencia. Su pintura no es como para halagar el patriotismo local del que os habla —ni de ningún otro algecireño—, pues la llama «esta ruinosa población andaluza de contrabandistas y pescadores», «de calles mal pavimentadas y carente de alcantarillas». Ignora su historia, pues cree que no ha podido cambiar mucho desde que la conquistara Alfonso XI en 1344, y no sabe que fue arrasada poco después por los moros de Granada y sólo reconstruida muy entrado el siglo XVIII. Pero Graham la conocía bien sin duda a fuerza de pasar por ella camino de Marruecos, y sus sencillas casas enrejadas y encaladas debían de inspirarle cierta ternura, pues califica al conjunto de «sinfonía de blanco y pardo», y dice que «sonríe» a Gibraltar, que, por el contrario, es «gris, moderno y belicoso». Evoca los pescadores que remiendan redes en la playa, posibles modelos para una pintura de San Juan o San Pedro, cantando con voces «agudas y bastas, como de grillo, sin ritmo aparente, pero unas canciones que se apoderan de

nuestra imaginación, de modo que, si las oímos a menudo, acabamos blasfemando de Wagner y de Beethoven y maldiciendo al que inventó la octava completa y la escala diatónica». Desgraciadamente, de ese tranquilo poblachón dieciochesco que conoció Graham, no desprovisto de cierta belleza mansurrona, no queda hoy más que el nombre. Esta vez no lo destruyeron los moros granadinos, sino las piquetas de los especuladores, con la ayuda de unos cuantos pésimos arquitectos.

Me referiré, por último, a un bonito cuento de época tardía, «La Virgen de la Cabeza» (1926), situado en la sierra de Baza, un día invernal en que la nieve cae copiosamente y los lobos aúllan en la distancia. Los viajeros de la diligencia se han refugiado en una venta para pasar la noche y cuentan historias espeluznantes de lobos, entre las cuales destaca la de un joven arriero que, cercado una tarde por estos feroces animales, se salvó invocando la ayuda de Nuestra Señora de la Cabeza y... por el instinto de sus mulas, que volvieron grupas y espantaron a los lobos a coces. El tono del relato no es, sin embargo, volteriano, sino poético, delicado y respetuoso con la fé popular, cosa que se observa en otros escritos tardíos de nuestro autor, ya septuagenario y menos tajante en su agnosticismo. Otro rasgo de sus últimos *sketches* es la tendencia al puro paisaje, sin comentarios ni digresiones, es decir, a un impresionismo cada vez mayor y más pictórico, lo cual hace más impalpable, pero también más intrigante, el significado que estas escuetas estampas evocadoras tenían para su autor. Pongamos como ejemplo la titulada «El Lebeche» (1926), descripción de Málaga azotada por la lluvia y por el viento del sudeste, y de la que no se puede extraer más conclusión que el comprobar que los transeúntes, cansados y empapados hasta los huesos, soportaban el temporal «con la paciencia oriental propia de su raza».

Hora es ya de concluir estas deslavazadas notas, y al hacerlo no sé si sería mi obligación sacar de todo ello alguna enseñanza clara y redonda. Mas si es así, voy a incumplir dicha supuesta obligación, pues mis ideas sobre Don Roberto, después de tantos años leyéndole, traduciéndole y aún escribiendo sobre él, siguen siendo inconcretas. No sé si incluirlo entre los que se anticiparon a Américo Castro al descubrir en la historia de nuestra patria una huella árabe más profunda y soterrada de lo que admitían los historiadores al uso. Por el contrario, es posible que Graham esté viendo demasiados moros en una costa donde no hay sólo asaltantes berberiscos, sino un fondo común mediterráneo con formas de vida y actitudes vitales casi idénticas.

A veces pienso que Don Roberto no conocía a los españoles tan bien como él creía, que ignoraba las fuertes convenciones sobre el honor, las mujeres o la apariencias que encorsetan sus vidas. Creo que esos vividores libérrimos, todo pasión y abandono, sólo existen en los países que no conocemos a fondo: Stendhal los imaginaba en Italia, y D.H. Lawrence en Méjico. Pero también es posible arguir que no todos los escritores están obligados a analizar y distinguir con la precisión de un Ortega; su arte consiste en transmitir vivencias, y no cabe duda de que para Cunninghame Graham, en choque temperamental con la cultura anglosajona a la que pertenecía por nacimiento y educación, la vida entre andaluces y marroquíes –por mucho que para nosotros difieran estos dos términos– era una experiencia idénticamente liberadora.

Don Roberto murió antes de que se inventase el adjetivo «tercermundista». El amaba con pasión ese Tercer Mundo, y no para convertirlo en un paraíso de seguridad social y computadores electrónicos, sino para defender su derecho a seguir siendo Tercer Mundo, a no cambiar la vida por un sucedáneo manipulado por los políticos y los grandes almacenes. ¡Extraña utopía en un socialista! –pues de utopía se trata, y tan utópica como la que más–. Ahora que los andaluces –incluso los andaluces– andamos obsesionados con la tecnología y el europeísmo, tal vez nos venga bien leer a Cunninghame Graham y soñar con esas cosas que perdimos para siempre y que buscan los *yuppies* cuando van en peregrinación al Rocío.

BIBLIOGRAFIA

- Rafael Manzano Martos, «Luis Toro, el amigo», en *Boletín de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras*, nº 14 (1986), págs. 5-8.
- Enrique de la Vega Viguera, «Luis Toro Buiza, el militar», en *Ibid.*, págs. 9-13.
- Eduardo Ybarra Hidalgo, «José María Benjumea», de próxima publicación en el mismo *Boletín*.
- R.B. Cunninghame Graham, *Rodeo: A Collection of his Tales and Sketches*. Ed. by A.F. Tschiffely. Heinemann, Londres 1936.
- R.B. Cunninghame Graham, *De la Pampa al Magreb*. Introducción, selección, traducción y notas de J. Alberich. Universidad de Sevilla, Sevilla 1990.
- A.F. Tschiffely, *Don Roberto: Being the Account of the Life and Works of R.B. Cunninghame Graham*. Heinemann, Londres 1937.
- Cedric Watts y Laurence Davies, *Cunninghame Graham; A Critical Biography*. Cambridge University Press, Londres 1979.